

# LOS PRECIOS DE LAS COSAS

Parecerán irrisorios a las generaciones actuales, los precios que regían hace sesenta años, pero el valor adquisitivo de la moneda era entonces tan grande, como para que circularan las monedas de uno y dos céntimos.

Y así, siendo yo muy pequeño, cuando el conde de Salazar pariente de los Verástegui me encontraba en la calle y fingía sacarme de detrás de la oreja una de aquellas diminutas y doradas piezas de un céntimo, corría yo a la confitería más próxima y me daban por ella un par de caramelos.



**Ideal Cinema, en la calle Florida – año 1958**

Foto: ARQUÉ

Fuente: AMVG

En años posteriores, aproximadamente los de la primera guerra europea, podíamos, por una peseta, desarrollar las tardes de los domingos un programa parecido a éste: Una partida de billar en la parcheadísima mesa de la Juventud Católica, la contemplación de alguna serie de aquellas películas tituladas: “Los misterios de Nueva York”, “La moneda rota” o “La mano que aprieta”.

Y todavía podíamos comprar, a escote entre cuatro, una cajetilla de ochenta

céntimos que con mis “cómplices” Manolo Ibarrondo, Adrián Abreu y Juan Galíndez nos fumábamos seguidos, a cinco por cabeza, ocultos en el jardín de casa o en la cascada de La Florida, acabando en una pura náusea y recurriendo para aliviarnos de la desazón a terapéutica tan elemental como la de colocar la nuca, bajo el refrescante goteo de alguna estalactita.

A Cucha, el librero de viejo, le comprábamos por una perra gorda uno de aquellos manoseados folletines

sobre Raffles o Dik Turpin y a final de curso le vendíamos nuestros no menos manoseados libros de texto.

- ¿Cuánto quieres por esta Geometría?
- nos preguntaba.
- ¡Tres pesetas! - decíamos con cierto trémulo en la voz, como presintiendo lo elevado de la tasación propuesta.
- ¡Te doy cuarenta céntimos!
- ¡Venga! - accedíamos sin vacilar.

Porque con ese dinero podíamos ir al Cine Parisiana, una o más veces, según

que la localidad elegida fuera la de preferencia, la de general o la intermedia, que acaso por estar encajonada entre las otras dos, figuraba en las carteleras con esta extraña denominación como “asequible precio”:

“Cazuela... Veinte céntimos.”

